

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 270

Hoy no utilizaré los ojos del cuerpo.

Comentario de Sarah:

De lo que Jesús habla aquí es de una forma diferente de ver. Es ver a través de los ojos de Cristo. Es una experiencia interna de la mente. Todo lo que vemos con los ojos de nuestro cuerpo nos devuelve información sobre el mundo, donde vemos lo que no existe y no es real. Es un mundo de formas e imágenes al que la mente le da significado.

Lo que nuestros ojos nos muestran es la interpretación del ego del mundo que vemos. Así, vemos diferencias. Vemos a los que nos gustan y a los que nos disgustan. Vemos víctimas y victimarios. Vemos a los que juzgamos como buenos y a los que juzgamos como malos, y vemos a los que están enfermos y sufren. Percibimos todo mal cuando miramos a través de los ojos del cuerpo. Cuando nos damos cuenta de que sólo vemos el error, podemos pedir Su interpretación, reconociendo que la nuestra siempre es errónea.

Cuando vemos con la visión de Cristo, todo se traduce en un mundo perdonado que es a la vez glorioso y gentil y no como vemos cuando vemos con los ojos del cuerpo. Con los ojos del cuerpo vemos diferencias, hacemos comparaciones y vemos lo que juzgamos bello y lo que juzgamos feo. Decidimos lo que nos gusta y lo que no nos gusta. Buscamos lo que promoverá nuestro especialismo a expensas de los demás.

En la sección del capítulo 31, “**El reconocimiento del espíritu**”, Jesús dice: “**O bien ves la carne o bien reconoces el espíritu. En esto no hay términos medios.**” (T.31.VI.1-2) (ACIM OE T.VI.31.62) Todo nuestro mundo depende de esta elección. No hay escape de la ilusión cuando estamos invertidos en mantener el sistema de pensamiento del ego como verdadero. No es que ya no veamos el cuerpo cuando la mente está curada, sino que nuestros juicios son ahora reemplazados por la visión de Cristo. En otras palabras, vemos el mundo perdonado, un mundo de inocencia y santidad que no ven los ojos del cuerpo. Lo que los ojos del cuerpo ven, y la mente errada interpreta, es un mundo de ataque, defensa, competencia y diferencias.

¿Cómo podemos ver el mundo perdonado? ¿Cómo llegamos a este tipo de visión con la visión de Cristo? Llegamos a este lugar a través del perdón. Dedicamos nuestro tiempo a vigilar la mente entregando nuestras percepciones erróneas al Espíritu Santo para que puedan ser deshechas. Dondequiera que miremos con los ojos del cuerpo, vemos nuestros propios pensamientos reflejados. Jesús nos pide que examinemos nuestro mundo interior, dejando que los pensamientos que cruzan la mente lleguen a la conciencia, y que observemos estos pensamientos sin apegarnos a ellos ni juzgarlos por ellos. A lo largo del día, cada vez que algo nos moleste, se nos pide que nos responsabilicemos de nuestras molestias, que las miremos con honestidad y que estemos dispuestos a liberarlas

entregándolas al Espíritu Santo/Jesús (cualquier símbolo de amor en la mente al que acudamos en busca de ayuda). Cuando entregamos voluntariamente estos pensamientos al Espíritu Santo, nuestras mentes serán purificadas de las percepciones que tenemos, y ahora se hace espacio para la verdad donde las interferencias han sido eliminadas.

“¿Eres invulnerable? Entonces el mundo te parece un lugar inofensivo. ¿Perdonas? Entonces el mundo es misericordioso, pues le has perdonado sus ofensas, de modo que te contempla tal como tú lo contemplas a él. ¿Eres un cuerpo? Entonces ves en cada hermano un traidor, listo para matar. ¿Eres espíritu, inmortal y sin la más mínima posibilidad de corrupción ni mancha alguna de pecado sobre ti? Entonces ves estabilidad en el mundo, pues ahora es absolutamente digno de toda tu confianza: un lugar feliz en donde descansar por un tiempo, en donde no hay nada que temer, sino sólo amar. ¿Le negarían los puros de corazón la bienvenida a alguien? ¿Y qué podría herir a los que son verdaderamente inocentes?” (T.31.VI.6.1-10) (ACIM OE T.31.VI.66, 67)

En general, creemos que no hay opciones para nuestro estado mental. Aceptamos la forma en que vemos las cosas y la forma en que nos sentimos. Se trata de un estado de victimismo en el que nos sentimos a merced del mundo, sin ninguna opción por nuestra parte. Sucumbimos a nuestro pensamiento erróneo sobre la situación como si nuestras reacciones fueran naturales y normales. Podemos reaccionar con rabia, frustración, decepción, vergüenza, tristeza o cualquier número de emociones que consideramos respuestas normales a un mundo decepcionante. Justificamos nuestras reacciones con explicaciones de por qué son perfectamente razonables. No estamos dispuestos a asumir la responsabilidad, sino que culpamos a las personas y a las circunstancias de nuestro estado. ¿Por qué querríamos hacer eso? Queremos que los demás sean responsables de la condición del mundo, para que puedan asumir la culpa por perturbar el Cielo. Ahora, cuando Dios nos alcance, podremos señalar con el dedo a los culpables.

Nuestro estado de conciencia es en realidad la ejecución de una opción. Es una elección. Como dice David Hawkins en «El ojo del yo», no estamos gobernados por la mente. Lo que la mente revela es un flujo interminable de opciones, todas ellas disfrazadas de recuerdos, fantasías, miedos y conceptos. Lo vemos todo como un menú de selecciones, que se abren paso a través de la pantalla de la mente. Así, no nos vemos obligados a sentir resentimiento por un recuerdo negativo, y no tenemos que comprar un pensamiento temeroso sobre el futuro. Son sólo opciones. La atracción secreta de la opción es la recompensa interna o la satisfacción secreta. Esa recompensa es nuestra falsa inocencia en la que otros tienen que rendir cuentas en lugar de nosotros. Podemos rechazar estos beneficios. Detrás de esta pantalla de pensamientos está el espacio libre de la alegría, disponible para nosotros en lugar de todas las otras opciones tentadoras.

Es importante reconocer lo mucho que el ego disfruta de las recompensas aferrándose a la negatividad. Nos sentimos justificados en nuestros resentimientos, autocompasión, ira, martirio y celos. Sin embargo, siempre hay otra opción disponible cuando estamos dispuestos a renunciar a la recompensa. No renunciamos a ella cuando queremos tener razón sobre nosotros mismos y hacemos a los demás responsables de nuestra condición. Sobre todo, hacemos que Dios se equivoque al demostrar que somos seres humanos falibles y no almas eternas que no pueden morir. Cuando reconocemos que la recompensa resulta en sufrimiento, estamos más dispuestos a renunciar a tener razón sobre nuestra percepción. La percepción (debido a nuestros ojos y sentidos) nos dice que el mundo es grande, poderoso y permanente, mientras que nuestro yo es pequeño, débil y transitorio. De hecho, lo cierto es lo contrario. Lo que somos es todopoderoso y el mundo no es nada.

En el capítulo 25, sección II, “**El que te salva de las tinieblas**” (T.25.II) (ACIM OE CH 25.III) Jesús pregunta: “**¿No es evidente que lo que perciben los ojos del cuerpo te infunde miedo? Tal vez pienses que aún puedes encontrar en ello alguna esperanza de satisfacción. Tal vez tengas fantasías de poder alcanzar cierta paz y satisfacción en el mundo tal como lo percibes. Mas ya tiene que ser evidente para ti que el desenlace es siempre el mismo. A pesar de tus esperanzas y fantasías, el resultado final es siempre la desesperación. Y en esto no hay excepciones ni nunca las habrá. Lo único de valor que el pasado te puede ofrecer es que aprendas que jamás te dio ninguna recompensa que quisieses conservar. Pues sólo así estarás dispuesto a renunciar a él y a que desaparezca para siempre.**” (T.25.II.1.1-8.) (ACIM OE T.25.III.12) Sin la motivación para sanar nuestros pensamientos y llegar a la paz, seguiremos aferrándonos a la esperanza de que hay algo en el mundo que nos traerá alguna medida de satisfacción.

La visión viene con la voluntad de perdonar, en lugar de odiar o condenar, y el deseo de comprender, en lugar de juzgar. Se prefiere la paz a la estimulación y la excitación. La humildad se valora cuando nos damos cuenta de que nos hemos equivocado en todo lo que percibimos. Es la comprensión de que nada en el mundo aporta un nivel profundo de satisfacción, ni nuestras relaciones especiales, ni el dinero, ni el poder, ni la fama. Tampoco puede haber búsqueda ni lucha del yo personal por la iluminación. No hay nada por lo que luchar o buscar, pues ya somos lo que buscamos.

“**Perdonar es pasar por alto**”. (T.9.IV.1.2) (ACIM OE T.9.III.9) Jesús dice: “**Mira, entonces, más allá del error, y no dejes que tu percepción se fije en él, pues, de lo contrario, creerás lo que tu percepción te muestre.**” (T.9.IV.1.3) (ACIM OE T.9.III.9) Y ciertamente lo hacemos. Decimos cosas como "ver es creer", pero la única manera de conocernos como el Cristo es ver a nuestros hermanos sin pecado y hacerlo es pasar por alto todo error. Sin embargo, Jesús dice que no sabemos pasar por alto los errores o no los cometeríamos. No podemos corregirnos a nosotros mismos. Lo que se nos pide, en cambio, es que tomemos conciencia de nuestros errores y se los entreguemos al Espíritu Santo, que los hará desaparecer. El ego nunca se deshará a sí mismo. Debemos motivarnos para dejar que nuestros errores sean llevados a la verdad. Esto requiere voluntad y humildad; porque sólo cuando estemos dispuestos a entregar nuestro camino nos volveremos a Él.

Nuestra disposición se demuestra en nuestra determinación y disciplina para aplicar las Lecciones. Reconoce que lo que ves con tus ojos y el significado que le das a tu ver bloquea la visión de Cristo. Estate dispuesto a que se te muestre otro camino. No podemos hacerlo por nuestra cuenta, porque "por nuestra cuenta" significa que nos estamos alineando con el ego y poniendo al ego al mando. Se hará a través de nosotros cuando entreguemos nuestro camino. Hoy afirmo que la visión de Cristo es la forma en que elijo ver a esta persona, este evento o esta situación. Estoy dispuesto a liberar lo que mis ojos me muestran como verdadero. Estoy dispuesto a entregar mi propia interpretación de lo que veo y pedir ayuda para que esta situación sea reinterpretada por Aquel que sí sabe. Estoy dispuesto a pedir ayuda para poder ver con los ojos de Cristo.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca